

NO parecen insuficientes los acontecimientos que se esperan (con mayor o menor interés) ya desde estos últimos días de jiras veraniegas y postreros retoques a los espectáculos que están llamados a conformar la presente temporada teatral. Desde la renovación del Centro Dramático Nacional, hasta los estrenos de Marsillach y Buero Vallejo, pasando por un considerable número de puestas en escena de incierta trascendencia, las interrogantes y tensiones ponen unas gotas de interés —siquiera sea malsano en muchos casos— sobre lo que nuestros profesionales querrán y podrán ofrecernos en un momento tan especialmente delicado.

Los tres primeros títulos que han aparecido como tímido preámbulo de esta generalizada expectativa, quizá no formen un cuerpo definitivamente homogéneo, pero revisados en conjunto articulan algo así como un nebuloso presentimiento de lo que pueden significar sus inmediatos seguidores.

Habrà que referirse, en primer lugar, por riguroso orden de estreno, al nuevo texto de Santiago Moncada, llevado hasta el Reina Victoria por la compañía de Julia Gutiérrez Caba. Vistos los anteriores intentos del autor y habiendo comprobado su definitivo estancamiento en los estereotipados esquemas de la comedia burguesa (que en nada nos recuerdan, desde luego, al texto ganador del Premio Calderón de la Barca), no sorprende, en absoluto, esta pieza suave, desposeída de complejidades sustanciales, fijada en el micromundo de una pareja y sus relaciones afectivas: la erosión del tiempo en la convivencia cotidiana, la inútil búsqueda de la juventud perdida y todos los manidos tópicos propios de un juego teatral basado en habilidades y concesiones superficiales. El autor (buen conocedor de ciertos gustos) esgrime, además, todo tipo de aditamentos superfluos; regusto por las intimidades sexuales, alusiones al desmedido terrorismo, huel-

gas, manifestaciones, etc. Todo ello como mero artificio de carpintería que permite endulzar (molestar al espectador, nunca) el conflicto humano al tiempo que procura una pincelada de falso compromiso social.

"Vivamos hoy" muestra la tópica pareja sujeta a la convención de una convivencia rota, desgastada, imposible; amantes jóvenes y maduros, rebuscando juegos de palabras y la culminación del enredo por medio de un equivocado diagnóstico médico que sentencia a muerte a uno de los personajes. En base a un humanismo primario, el intento de renovar las alusiones pasadas y, aclarada la situación, vuelta a la frustración, que no encuentra ya solución posible. La historia ni merece ni resiste mayor análisis. Distraer nuevamente, procurar una estimable taquilla y abundar, por desgracia, en todo aquello que nuestro

teatro no necesita actualmente.

Resultaría injusto, sin embargo, olvidar la circunstancia de que sobre el escenario están pisando dos grandes actores: Julia Gutiérrez Caba y Pastor Serrador. La altura profesional de ambos queda más que manifiesta y hacen de un continente vacío de contenido un ejemplo de entrega al melodrama repetitivo que viene a poner la primera nota oscura en la nascente temporada.

La Comedia, por su parte, aventuró su inauguración enfrentándose a un cúmulo de contradicciones y dificultades, cuyo saldo final tampoco puede considerarse plenamente satisfactorio. La reposición, después de treinta años, de "Filomena Maturano", es decir, recurrir a Eduardo de Filippo (cuya consistencia como autor de repertorio mundial no puede cuestionarse) significa, cuando menos, que la

búsqueda por encontrar espectáculos adecuados al mercantilismo comercialista se hace desesperada por momentos. No se trata, en el fondo, de revisar ahora los valores formales del neorealismo italiano; es evidente que dentro de su contexto melodramático, "Filomena Maturano" es una pieza de valores eternos. Filippo indaga sabiamente en la psicología de unos personajes vivos, auténticos. La prostituta enfrentada al rico y viejo calavera —símbolo de una sociedad cruel—, al que termina conmoviendo con su profunda y fresca humanidad, pertenece, nos guste o no, a meras nostalgias. Y como en el caso anterior, dos importantes actores: Concha Velasco y José Sazatornil "Saza". Los personajes centrales de Filippo son defendidos con toda dignidad y hasta con brotes frecuentes de total perfección profesional. La



"Filomena Maturano", de Eduardo de Filippo.

Nueva temporada

ARRIBA EL TELON

MIGUEL A. MEDINA



“Vivamos hoy”, de Santiago Moncada.



◀ “Que Dios os lo demande”, de Eloy Herrera.

puesta en escena es minuciosa y la propuesta del autor funciona con precisión porque se cuidan los gestos y las situaciones en una labor cuidada. Se logra lo perseguido: unos momen-

tos gratos, salpicados de humor y sensibilidad, de tipismo acomodado que resulta grato sin más. La pregunta, pese a todo, se escapa inevitablemente: ¿por qué y para qué un texto perdido

en el tiempo, seco en sorpresas, pegado a una tradición manida que, en el mejor de los casos, no hace sino paralizar el avance de un teatro más verdadero?

Resulta especialmente complejo e ingrato afrontar desde estas páginas el juicio de ese tercer estreno que completa esta prematura panorámica. La duda sobre la acción crítica, siempre candente, aparece aquí de un modo alarmante y doloroso. Ocasiones existen en que el silencio crítico puede tener un sentido real. Por esta razón se obviaron las 2.500 representaciones alcanzadas la temporada anterior por “Un cero a la izquierda”. El mismo teatro Arlequín y el mismo autor de aquella piececita vergonzante quieren repetir ahora el éxito de antaño. Pero si hace un año, las circunstancias políticas y sociales del país requerían el buen juicio de silenciar estos actos, por considerarlos fruto coyuntural y desesperado pataleo, en este momento resultaría de todo

punto improcedente no afrontar la circunstancia abiertamente. “Que Dios os lo demande” no es ya un simple oportunismo político, sino un claro aviso de que la herida que tantos esfuerzos está costando cicatrizar, intenta ser avivada continuamente desde cualquier lugar. “Que Dios os lo demande” no merece, claro es, la mínima crítica. Eloy Herrera ni intenta ni puede realizar teatro. Se limita a entrar a saco, como tantos otros, en lo que él mismo se empeña en denominar “fidelidad a su ideología”, empleando para ello el camino más corto y pueril: la farsa brutal y tosca de todo lo que no represente su pensamiento franquista. A través de un mínimo y ramplón simulacro de mal sainete, Eloy Herrera nos muestra a un hombre viudo, convertido en sacerdote, padre de dos hijos (libertina, descarada y déspota, la muchacha; terrorista sin escrúpulos, el chico) y residente en un pequeño pueblecito costero en donde mantiene profunda amistad con un sargento de la Guardia Civil, perfecto caballero, inteligente, honrado, abogado en ocasiones por los bárbaros marxistas a emplear la fuerza para restaurar el orden. Un canto al franquismo, a la Iglesia más reaccionaria; insultos personales hacia los miembros del actual Gobierno, a las instituciones democráticas, a todo, en fin, que signifique un paso hacia una sociedad más libre y justa. No se trata, pues, de revisar nada, pues nada hay que revisar. Pero sí parece oportuno advertir que el cáncer de los desesperados se filtra con demasiada frecuencia en nuestros escenarios. Por encima de pruritos ideológicos y estéticos, la denuncia debe realizarse contundentemente: los enemigos de las libertades ciudadanas y políticas están ahí y es deber de todos aquellos que trabajan por una mejor cultura el desarticularlos, no permitiendo que los escenarios españoles se conviertan en lugares propicios para los más vergonzantes y reaccionarios panfletos. ■